

# Consideraciones sobre nuestro tiempo

## Comprender una época es comenzar a dominarla

Premisa de todo intento tendiente a superar el malestar reinante es el conocimiento exacto de la época en que vivimos. Si por apreciaciones defectuosas, por razonamientos insuficientes, por fallas más o menos graves de nuestra inteligencia y de nuestros datos y observaciones, no percibimos el carácter verdadero del presente período histórico, hablaremos un lenguaje ostensiblemente lógico, pero no idéntico al que hablan los que han penetrado la esencia verdadera de la época.

Para nosotros es muy importante el punto de partida, su comprensión y su estudio; pues una vez sobre una base sólida, todas las deducciones ulteriores estarán impregnadas de la misma aspiración general. Es posible que los temperamentos, el nivel de cultura de los individuos y de los pueblos, el grado distinto de desarrollo intelectual y técnico propicien soluciones diversas, aun cuando uniformadas por la misma inquietud; pero sobre todo será el mismo lenguaje el hablado y los espíritus sentirán el aliento de una grandiosa comunión.

Es el contacto diario con gentes que viven muchos años de retraso, el choque con juicios rutinarios y erróneos, la incompreensión reflejada en grandes masas, jetradas e iletradas, sobre la época trágica que nos ha tocado en lote lo que nos induce a afirmar con Karl Jaspers (*El ambiente espiritual de nuestro tiempo*; ed. esp.; pág. 24), que "reconocer una situación es tanto como empezar a adueñarse de ella; enfrentarse es ya la voluntad que lucha por un ser".

Hay que comprender la época actual para comenzar a adueñarnos de ella para despertar todas las fuerzas sanas y todas las posibilidades promisoras de la humanidad y disponerlas en la gran batalla por la salvación del porvenir y la humanización del presente; hay que comprenderla para dirigir mejor nuestras energías y no gastar un solo esfuerzo fuera de la línea recta general de la hora. Cuando la vivienda del vecino arde, la línea recta consiste en apagar el fuego; cuando el mundo se descompone, cuando una cultura naufraga, cuando la humanidad peligra hay que acudir en socorro de los que perecen, salvar lo que se pueda salvar, dominar el riesgo mayor dejando toda otra consideración a un lado. Esa es la línea recta que creemos interpretar en estas páginas.

### CARACTERIZACIÓN DEL PRESENTE PERÍODO HISTÓRICO

Creemos que son pocos los hombres civilizados que no sientan con más o menos claridad que algo se derrumba en ellos y a su alrededor, que algo nuevo ha de surgir del caos y de la confusión en que se vive, de la inseguridad creciente y de la depauperación en auge. Pocos son los que se atreven a elevar la voz triunfante y alegre de la afirmación segura, pero muchos, infinitamente muchos los que han sido conmovidos en sus caminos trillados por el desconcierto de la hora. La gran mayoría no sabe lo que acontecerá, ni quizás aspira a saberlo; lo único que se presenta es que las cosas, las ideas y las situaciones cambian y que el porvenir no será análogo al presente.

Aun cuando la sensación del recordo en que vivimos es así general, su interpretación y las posibilidades de su desenlace no coinciden; de ahí el desaliento que se experimenta al constatar el grado diverso de disposición para armar el hombre a la nueva construcción social inevitable y como esa apatía y ese fatalismo hace posible a las miradas retardatarias de los privilegiados el aprovechamiento de la ruina de su mundo material y moral para rehacerlo sobre las mismas piedras angulares de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre.

Es una tragedia sin antecedentes la que tenemos delante de los ojos; por un largo período, y quizás para siempre, el destino de gran parte de la humanidad se decide en estos años inmediatos; según el rumbo que los pueblos resuelvan, así será su futuro de decadencia irremediable o de prosperidad. Los llamados pueblos civilizados no sólo corren el peligro del malestar gravísimo, de la ruina de sus instituciones seculares, lo que no es ninguna desgracia, sino que peligran en su existencia misma, pues la amenaza inminente es la degeneración y la degeneración como raza. No es ya ninguna profecía aventurada la de la caída de la raza blanca, encarnación de la civilización moderna; estamos tan cerca del abismo que no hay atrevimiento en señalarlo.

Sólo un brusco viraje podría permitirnos esperanzas y darnos segu-

ridades. Y ese viraje habría de apartarnos del sistema capitalista, cuya permanencia es como un veneno que lo va emponzoñando todo.

El régimen capitalista, todos lo sienten, aun cuando no todos lo digan, está en quiebra y no es tarea vulgar la de los que pretenden apuntalarlo con el auge de nuevas tiranías. Hay que saltar como sobre un obstáculo por sobre la propiedad privada de la tierra y de los instrumentos de producción y por sobre las instituciones basadas en ese nefasto principio. Lo demás se nos dará por añadidura.

Son múltiples los síntomas de la quiebra del régimen actual, en lo económico como en lo político y en lo moral. No es un solo aspecto el que ha fracasado, es toda una cultura la que termina.

Durante unos años los economistas y estadistas han querido difrazar la situación hablando de la crisis actual, como de una de las tantas crisis económicas, grave pero pasajera; los años van pasando, los acontecimientos se suceden y se comienza a comprender por muchos que no es una crisis la que estamos viviendo, sino el fin de una época, la terminación de un largo capítulo de la historia.

No podemos hacer comparaciones con épocas anteriores, porque la presente no tiene analogías con ninguna, ni siquiera con la caída del imperio romano, la más parecida a primera vista. Pero cualquiera que reflexione un poco sobre las condiciones actuales no hallará exagerados nuestros temores respecto al porvenir.

Si las fuerzas interesadas en restablecer el equilibrio roto mediante un reajuste equitativo en la máquina económica, de manera que los productores no sean privados del fruto de su trabajo por instituciones parasitarias de ninguna especie, si esas fuerzas no consiguen imponerse y tomar en sus manos la dirección de la vida, la mitad de la humanidad degenerará por los efectos de la miseria sin precedentes y la otra mitad por la corrupción moral y material y por el parasitismo. El fascismo, incluso en sus formas programáticas socializantes, no es más que el triunfo del viejo privilegio adaptado a exigencias nuevas. Si establece la justicia en la economía, esta vez de una importancia vital, ni descargará a los pueblos de los tributos esta-

tales aplastadores. Nosotros tenemos en mucho los factores morales, no consideramos prejuicios pequeños burgueses ni la libertad ni la justicia; pero no obstante comprendemos que el mundo del capitalismo se ha resquebrajado y se derrumba ante todo por la imposibilidad material de sostenerlo más.

### LA REVOLUCIÓN INEVITABLE

Si las contradicciones del capitalismo permitiesen al menos un cierto nivel de vida, un grado determinado de alimentación popular; si pudiera asegurar un poco a todos o al gran número el pan, la vivienda y el abrigo a las grandes masas, los descontentos serían ciertamente numerosos, pero los real-

mente hostiles no serían más que aquellos en quienes estuviera alterado el sentido de la justicia. Pero las cosas han cambiado: el capitalismo no puede vencer sus contradicciones internas, que llegaron a un límite extremo. La mitad de la población obrera de los países más adelantados se halla sin trabajo, viendo a su prole sucumbir por el hambre y las privaciones de toda especie; y a diferencia de épocas anteriores en que las crisis afectaban a una industria e incluso a un país entero, por unos meses o un par de años a lo sumo, esta vez la situación no cambia de un año para otro más que en sentido perorativo.

Seguro no hay más que esto: que las condiciones actuales del mundo no pueden persistir, que un cambio en ellas es inevitable. Sólo que el cambio puede hacerse en dos sentidos: en el de la regresión a formas bárbaras y bestiales, como en Italia o en Alemania, o en el de la revolución reparadora, que suprima la fuente originaria de tanto estrago: la propiedad privada.

Hay una tercera solución aparente: la del capitalismo de Estado, en donde la propiedad privada es sustituida, no por una verdadera socialización de la riqueza, sino por su estatización. En lugar de muchos propietarios hay uno solo, dueño y señor de todo. Sin embargo, por más que se dice que se haya empleado para confundir los términos, el Estado y la sociedad no son la misma cosa y lo que puede ser muy útil al aparato estatal, una grandiosa burocracia, un ejército profesional formidable, una policía numerosa, es una carga pesada y estéril para la sociedad. Hasta sólo ha demostrado en el aspecto económico que ha sabido recorrer en pocos años un enorme trayecto que el capitalismo privado no habría conseguido recorrer tan pronto; pero una industrialización en gran escala, si es verdad que puede ser una condición material precisa para un nuevo régimen social, no es la revolución, no es la nueva era soñada desde hace tantos años por todos los portavoces del socialismo, tanto los del ala marxista como los de la sección bakunista de la vieja Internacional.

El Estado ha podido llegar en otros tiempos a organizar vastas comunidades en donde el hambre no era conocida, en donde ningún ciudadano sufría privaciones frente a la abundancia, como en el Imperio de los Incas en el Perú. Se ha podido lograr eso porque el sáditto de aquel imperio era una especie de miembro de una gran familia, cuyo jefe, el emperador, se atribuía una paternidad general y obraba en consecuencia. Dudamos sin embargo que la mentalidad contemporánea logre readaptarse a las condiciones espirituales y morales del habitante del Imperio Incaico o de la era de los faraones egipcios, sin lo cual ese patriarcalismo estatal y ese providencialismo pueden aparecer una solución momentánea a quienes no han comido y creen comer de esa manera, pero que no dura más que hasta que se han satisfecho las exigencias más elementales.

Hemos entrado ya en el tercer lustro de la era fascista en Italia. ¿Crece alguien que un solo italiano, fuera de los que usufructúan los privilegios del régimen, apoyaría la nueva situación si dependiese de su voluntad y cesase el rigor y el terror del espionaje, de las milicias y de la policía fascista?

Por otra parte, aun el paraiso de los profetas hebreos sería un lugar de tortura si para vivir en él hubiese que instaurar un régimen de adaptación forzosa, es decir aun el más preciado de los anhelos sería un tormento desde el instante en que es impuesto, no consentido y querido voluntariamente. Que el fascismo no se quebre, que el blochevismo no disfruta más que de las simpatías de las gentes oficiales nos lo prueba el aparato policial y judicial extraordinariamente poderosos de esos dos ensayos.

Nuestra revolución quiere edificar la casa con el contributo del mayor número de sus habitantes, hacer la morada cómoda para los demás, transformando a cada individuo en el constructor de su propia vida. No queremos ser reductores de nadie y nuestro anhelo se cifra en romper las ligaduras que impiden al hombre ser dueño de sus acciones, de sus pensamientos y de su voluntad. No queremos gobernar, porque no queremos ser gobernados, pero en cambio queremos vivir y trabajar en común y resolver en común nuestros problemas, sin atribuir a ninguna institución y a ninguna persona virtudes sobrenaturales que no tienen. Queremos ser dueños de nuestra vida y del producto de nuestro trabajo.

D. A. DE SANTILLAN

### En defensa de nuestros principios

## El porqué del comunismo libertario

El constante forcejeo de la clase trabajadora para conseguir una fórmula societaria que permita la eliminación de la burguesía y que asegure un perfecto desenvolvimiento de las actividades humanas ha tenido sus plasmaciones que, más o menos perfectas, han dado pie a los teorizadores para que confeccionaran cuerpos de doctrinas que han caracterizado a épocas determinadas.

La Commune de París influye de una manera decisiva en el pensamiento de Marx. El 1871 el proletariado parisiense, que en aquella época constituía la vanguardia del proletariado revolucionario, dió vida, de una manera clara, a lo que más tarde se ha llamado DICTADURA del proletariado. Cayó el baluarte de la Revolución mundial y se enfrentó en todo el mundo una reacción desenfrenada.

Después de un marasmo revolucionario que duró un largo lapso de tiempo, surge el 1917 ruso. Los militantes del partido comunista de la U. R. S. S., estaban imbuidos de la textura de la Commune de París.

Dos etapas tiene el hecho ruso: el Impropiamente llamado comunismo de guerra, que es antes un corolario de la etapa insurreccional, y la N. E. P., Nueva Política económica, que transforma lo que en un principio, en el comunismo de guerra, era una expropiación completa de la burguesía de la ciudad y del campo, en un retorno a la economía capitalista.

El estrangulamiento de la revolución en la U. R. S. S., ha dado lugar a una deformación doctrinal. La estructuración ESTATAL que la burocracia del partido comunista ha levantado enfrente de la organización sindical y con detrimento de la organización que personifica la potencialidad de la clase trabajadora, que ha sido despojada del completo de su papel de MENTON de la revolución triunfante ha acrecentado un gran confusionalismo en el mundo proletario y en los círculos de los intelectuales que se preocupan del frenesí proletario.

Para justificar las prerrogativas y privilegios que poseen los burocratas de la U. R. S. S., los corifeos del dictador de la etapa rusa han lanzado a los cuatro vientos que el proletariado ruso vive un período de transición. Esa etapa ha sido bautizada por un gran número de comunistas por COMUNISMO ESTATAL. Y de todo ese maremagnum se han aprovechado los enemigos del proletariado para decirnos que el Comunismo ya ha fracasado y nos ponen como ejemplo el HRECHÓ ruso. A lo que nosotros respondemos que en Rusia nunca ha existido el COMUNISMO, pues nunca la clase trabajadora con plena personalidad ha dirigido los destinos de la U. R. S. S., y ha disfrutado de una economía socializada.

El concepto de comunismo estatal es una uteración que es fruto de la actuación de la burocracia rusa. Pero si profundizamos el vocablo comunista nos daremos cuenta inmediatamente de que comunismo no puede ser adjetivado por el vocablo Estado.

Comunismo es la ANTITESIS de ESTADO. Es el ANTIPODA de la maquinaria ESTATAL. Comunismo significa una sociedad sin clases en la que cada individuo produce lo necesario con su capacidad física e intelectual y recibe de acuerdo con sus necesidades. Esa definición presupone una máxima libertad que está reñida con el estreñimiento de que hace gala el Estado en todo momento.

Y Estado, es todo lo contrario de comunismo. Desde la aurora de la humanidad que tenía por base

societaria el clan y la tribu pasando por el Estado ESCLAVISTA, FEUDAL y CAPITALISTA, siempre ha sido levantado por la clase dominante un armazón que oprime y que obliga a marchar por la senda que designaban los vencedores. Estado es, por lo tanto, una fuerza coercitiva, un instrumento de opresión y de esclavitud al servicio de la clase que usufructúa ilegalmente las riquezas del país.

Si contraponemos, pues, los dos conceptos que los adulteradores del concepto comunista han querido expresar encontraremos que se repelen mutuamente. Afirmamos después de lo dicho que COMUNISMO y ESTADO han de anularse separadamente, pero nunca juntos.

En 1921 con la N. E. P., la revolución rusa tocó a su fin. Un nuevo brote del despertar revolucionario apareció en el firmamento proletario. En latitud diversa y en un país meridional se inició una reedificación del destit en que habían incurrido los militantes del partido comunista de la U. R. S. S. El proletariado de la Península Ibérica que desde 1919 no cesó de remover los cimientos del Estado feudo-burgués que aprisiona nuestra clase trabajadora, ha dado vida con su rebeldía, y con su oposición manifiesta a que sea absorbida la clase trabajadora por una burocracia voraz, a una nueva modalidad comunista que es un fiel reflejo del contenido del concepto comunista. Ante el estrangulamiento de la revolución rusa ha nacido la REVOLUCIÓN IBERICA. Ante el auge del comunismo estatal ha surgido el COMUNISMO LIBERTARIO.

Los anarquistas que nos sentimos representados por nuestra organización específica, la P. A. I., defendemos con todo calor el comunismo libertario que es el concepto que ha de acabar con el confusionalismo y con las deformaciones que han aparecido a causa de la contrarrevolución rusa.

El Comunismo libertario tal como nosotros lo propugnamos permite que el proletariado viva su propia vida. El comunismo libertario es una garantía para el trabajador de la ciudad y del campo de que su personalidad no será anulada por una burocracia desprecen-

siva. Y es muy natural, que fácilmente comprenderá el inteligente lector, que si la contrarrevolución nos obliga a adoptar ciertos procedimientos, reñidos con el concepto comunista, sería una cosa momentánea. Pero ese pequeño salto en el camino revolucionario, nunca puede justificar una eliminación de la conciencia del proletariado.

En un régimen comunista con el aditamento libertario el proletariado tendrá la dirección administrativa, económica y dará la orientación social. La clase trabajadora será la máxima expresión económica y social que saldrá a la superficie peninsular por medio de la Federación local de sindicatos en la ciudad y el Municipio en el campo.

El COMUNISMO LIBERTARIO es la nueva modalidad revolucionaria que se hace suya el proletariado después de la dura experiencia que ha vivido y vive el proletariado ruso. Es la reivindicación del verdadero concepto comunista. Es la panacea que ha de terminar con el malestar social.

Como genuinos defensores del proletariado queremos que al día siguiente del triunfo de la INSURRECCIÓN sea el propio proletariado el que marque su propia

### Derrotados, pero no vencidos

Todavía vibra el ambiente al recuerdo de los últimos acontecimientos revolucionarios, los de mayor trascendencia y los de mayor empuje hasta aquí. La frase del general Favia, cuando alzó en tiempos de la república castriniana a los insurrectos de Sevilla que querían ir más allá, podría aplicarse esta vez a centenares de localidades de España, principalmente en la región de Aragón. El general Favia dijo en sus informes, que los internacionalistas se habían batido como leones y como leones se batieron también ahora nuestros compañeros en torno a la bandera de la libertad y del bienestar de todos.

Nosotros, síde derrotados, pero de-

rotados no quiere decir vencidos.

Mientras se distribuyen por los tribunales de urgencia condenas fantásticas a los rebeldes, mientras la única industria que trabaja en España a todo vapor es la de la magistratura, en el ambiente popular, en la miseria creciente de las masas, en la imposibilidad de dar solución a los grandes problemas de la hora por los medios de la legalidad capitalista, surge de nuevo la voluntad inquebrantable de proseguir la marcha.

Los últimos acontecimientos pueden inclinarnos a serios reflexiones, pueden madurar muchas ideas nuevas, sugerir actitudes y métodos diversos para la lucha; pero lo que reafirma altamente es que si se quiere llegar a la meta hay que tomar siempre el camino por nosotros propiciado.

Lo dicen a medias hasta los erradores de la legalidad existente y sus celosos defensores de ayer; continúan en voz baja que la democracia burguesa, de que ellos han sido los más tenaces portavoces, no tiene nada que hacer, que su misión ha concluido y que la revolución es la única esperanza, el único camino recto.

Nosotros no nos dejaremos vencer por las palabras; exigimos la firma de las palabras por los hechos. No obstante, el proletariado español, de magnífico buen sentido, ha puesto su fe en la revolución; las últimas elecciones lo testimonian con la amplísima abstención.

Los acontecimientos del 8 de diciembre no han debilitado la fe en la revolución, sino que la reafirmamos. Hoy es más evidente que nunca su necesidad, tanto para solucionar los problemas económicos insalvables en el capitalismo, como para salvar a la humanidad del retroceso a la barbarie.

Estámos, pues, donde estábamos ayer: en nuestra propia justicia!

¡Hemos, síde derrotados, pero no vencidos!

### Un comunicado emocionante de los camaradas presos en la cárcel de Zaragoza

Camaradas: Después de dos meses de silencio forzado, impuesto por la represión, los presos sociales de la cárcel de Zaragoza, aprovechan esta oportunidad de hacer pública su voz en este acto de afirmación anarquista que significa la aparición de "Solidaridad", tras de la tormenta, para expresar su fe en el triunfo de la causa por la que cayeron presos.

Los momentos de honda resonancia social que vive el mundo, tienen en nuestra nación una resonancia más viva y palpitable que en ninguna otra parte. La revolución es ya, en nuestra nación, un movimiento arrollador que no precisa de nuestro impulso desmesurado, aunque sí de nuestra atención y de nuestros esfuerzos.

Los que quedáis en la calle, tenéis imperativos más apremiantes que el de preocuparos de los prisioneros. Tenéis que estar dispuestos, vigilantes, escuchando los acontecimientos para que no os sorprendan desprecenidos, ni os desprecen de vuestras posiciones, con la libertad y con astucia, los sectores políticos que saben pescar en las corrientes.

No podéis tampoco que perder. No podéis distraer vuestra atención pensando en nosotros, ni perder energías para libertarnos.

Los presos sociales de la cárcel de Zaragoza, firmes en sus convicciones y en su entusiasmo revolucionario, esperan el momento de mezclarse con vosotros en la vorágine de la revolución social incontestable.

¡Viva la Revolución Social!

LOS PRESOS SOCIALES DE ZARAGOZA